



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Domingo 22 de octubre de 2000

1. La celebración jubilar que estamos a punto de concluir ha sido precedida, en los días pasados, por el *Congreso misionero internacional*, en el que han participado obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos procedentes de todas las partes del mundo. Agradezco de corazón a todos los que han animado un encuentro eclesial tan importante y prometedor para la nueva evangelización.

Toda Iglesia particular nace de la misión y la presencia aquí de los representantes de tantos países del mundo manifiesta la gratitud que todos elevan al cielo por el don de la evangelización recibida. Cada Iglesia crece y madura cuando de ella salen misioneros para anunciar el Evangelio a otros pueblos. Este es el sentido del *mandato*, que hoy se confiere a muchos "misioneros" juntamente con la entrega de la cruz. Por tanto, eso quiere significar, al inicio del tercer milenio, *una nueva partida valiente* para una renovada estación misionera.

Desde los diversos países, los congresistas han traído simbólicamente a Roma un poco de tierra, que se ha unido a las otras en una única maceta. En esta "tierra de todas las tierras" se ha plantado, como recuerdo de esta jornada jubilar, un *olivo*, símbolo de la paz. En efecto, el Evangelio de Cristo es Evangelio de paz. Quiera Dios que todos los pueblos se abran a Cristo y encuentren el camino de la paz.

2. Todos los seguidores de Cristo están llamados a la misión. Por eso, os exhorto a seguir apoyando el trabajo misionero de la Iglesia mediante vuestras oraciones y vuestra ayuda económica. Orad especialmente para que el Señor mande más obreros a su mies. Sobre todos los peregrinos de lengua inglesa aquí presentes invoco los abundantes dones del Espíritu Santo.

Saludo a los fieles de lengua francesa que participan en el jubileo de las misiones y los invito a proseguir su compromiso de anunciar el Evangelio, a ejemplo de sus antecesores, como Paulina Jaricot. Con mi bendición apostólica.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, especialmente a los misioneros y misioneras que difunden en toda la tierra el mensaje de Cristo, para dar esperanza al mundo. Invito a las comunidades eclesiales a unirse a ellos con la oración, el afecto y las ayudas necesarias, participando así en una espléndida tarea que es propia de toda la Iglesia.

Saludo a todos los peregrinos de los países de lengua alemana, en especial a los misioneros: sé que vuestro esfuerzo por el reino de Dios significa no sólo sudor y lágrimas, sino también energías, salud y a veces incluso la vida misma. Que Dios os regale a todos grandes satisfacciones en vuestro trabajo. Os bendigo a todos y cada uno.

Queridos misioneros y misioneras de lengua portuguesa, Jesús es el Salvador de todos, y cuenta con vosotros para que todos lo conozcan. Id. A vosotros y vuestras comunidades de origen y destino imparto mi bendición.

Saludo cordialmente a los peregrinos de Polonia. Hoy, en este día particularmente dedicado a las misiones, pido a todos mis compatriotas que sigan sosteniendo la obra misionera de la Iglesia con su oración y su ayuda económica. En vuestras oraciones diarias no dejéis de pedir nuevas y numerosas vocaciones para el trabajo misionero. Abrazo de corazón a todos los misioneros: sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos. A todos los encomiendo a la protección de María, *Regina Apostolorum*.

A María santísima, Estrella de la evangelización, encomendamos la misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo.

Y para recordar [mi primer Ángelus](#), del 22 de octubre de 1978, repito a los jóvenes: "Sois la esperanza de la Iglesia. Sois mi esperanza". Así es también hoy.